

**BIOFEEDBACK SOCIAL DEL REFLEJO PARENTAL DE LOS AFECTOS: UN
MODELO DE CONSTRUCCIÓN SOCIAL PARA EXPLICAR EL DEL
DESARROLLO DEL SELF**

**THE SOCIAL BIOFEEDBACK THEORY OF PARENTAL AFFECT- MIRRORING :
A SOCIAL CONSTRUCTION MODEL TO EXPLAIN THE DEVELOPMENT OF
THE SELF**

CAROLINA BECAR BUSTOS

carogeme@hotmail.com

Psicóloga Clínica en Consulta Particular

FRANCISCO IBACETA WATSON

ibaceta@yahoo.com

Instituto Humaniza Santiago

RESUMEN

Se presenta un modelo del desarrollo del self, el cual considera la importancia de las interacciones reflejas parentales en las etapas tempranas. Se postula que el infante utiliza un mecanismo innato de detección de contingencias para poder representar cognitivamente los reflejos emocionales que le realiza su cuidador primario. Se muestra cómo es que los reflejos que realizan los adultos a los bebés actúan en base al mecanismo de biofeedback, informándole al infante respecto de sus propios estados emocionales. De lo anterior, se deriva que las respuestas desviadas por parte de las figuras cuidadoras pueden tener como consecuencias trayectorias desviadas en el desarrollo del bebé, construyendo una explicación acerca de la etiología del apego de tipo desorganizado.

Palabras claves: self, contingencias, biofeedback, reflejo parental.

ABSTRACT

It is present a model of self development, which considers the importance of parental mirroring interactions in the early stages. It is postulated that the infant uses an innate mechanism for detecting contingencies to cognitively represent the emotional responses that it performs its primary caregiver. It shows how that is the mirror function that adults perform to their babies, acts as a biofeedback mechanism based on informing the child about their own emotional states. It follows, that the deviant responses by caregiver's figures may result in deviant trajectories of infant development, building an explanation of the etiology of disorganized attachment type.

Keywords: self, contingency, biofeedback, parental mirrowing

Introducción

DURANTE LAS ÚLTIMAS TRES DÉCADAS las investigaciones sobre salud mental infantil, en particular en torno a edades más tempranas, han sido fructíferas en la generación de conocimiento respecto a la caracterización de las interacciones de los padres (o cuidadores) con sus hijos y acerca de las consecuencias que estas interacciones pueden tener en su salud mental posterior.

Una línea de trabajo fundamental de estas investigaciones se ha centrado en el desarrollo del enfoque intersubjetivo. Éste se ha interesado por estudiar cómo se produce la relación, comunicación, coordinación y sintonía entre la madre y su bebé durante los primeros años de vida, enfatizando la importancia que tienen estos procesos en el desarrollo del sí mismo y de la regulación emocional (Stern, 1985).

En el modelo intersubjetivo se asume la existencia de una tendencia innata y luego aprendida para relacionarse, coordinarse afectiva y mentalmente con otras figuras significativas. Esto se manifestaría en comunicaciones pre - verbales entre el cuidador y el bebé, lo cual constituye un componente inter - afectivo, y también en la capacidad de inferir estados mentales de manera mutua, lo cual representa un componente inter - intencional, capacidad a la cual se ha denominado mentalización (Lecannelier, 2006).

La mentalización sería uno de los grandes logros del desarrollo psicológico, ya que por medio de ésta se pueden regular los estados emocionales y lograr el control sobre el entorno. Esta puede definirse como la disposición a significar la experiencia de uno mismo y de los otros, en términos de procesos mentales y estados intencionales (Fonagy y Bateman, 2007). Este entendimiento de uno mismo y de los otros puede lograrse en la medida que existan cuidadores capaces de significar la experiencia del infante y responder adecuadamente frente a las señales de éstos (Stern, 1985). Las características que asume este contexto interactivo temprano, específicamente las relaciones afectivas entre el bebé y el cuidador primario, se postulan como determinantes en el desarrollo del sí mismo.

Cuando la postura intersubjetiva intenta resolver la pregunta de cómo los niños logran entender estas primeras interacciones, se han manifestado divergencias paradigmáticas, que señalan distintas explicaciones y puntos de inicio en el proceso de desarrollo del niño de sus capacidades mentalizadoras. Estas miradas van desde una "postura de intersubjetividad dura", en la que se propone que los niños desde su nacimiento tienen la capacidad de acceder a sus estados mentales, hasta una propuesta de "intersubjetividad sin estado de inicio", en la cual se sostiene que los bebés no nacerían con la capacidad de acceder a sus estados mentales de manera directa ni tampoco poseerían la capacidad de diferenciar internamente todos sus estados afectivos, sino que estas habilidades constituirían un logro evolutivo que se concertaría a través de las relaciones vinculares tempranas con sus figuras parentales (Gergely, 2002). Los representantes más relevantes de esta última postura son Peter Fonagy, Mary Target y su equipo, y los exponentes del modelo del biofeedback social de Gyogy Gergely y John Watson (Lecannelier, 2006).

El modelo del biofeedback social del reflejo parental de los afectos aporta con una propuesta de un mecanismo explicativo, acerca de como los niños logran acceder a sus estados emocionales, para posteriormente asociarlos a estados mentales e intencionales, contribuyendo de esta manera en lograr un entendimiento más completo de cómo se desarrolla la función reflexiva en los niños.

Este modelo plantea que existirían una serie de mecanismos psicológicos que están a la base de la capacidad de los padres para reflejar las emociones del infante. Se propone que

es el reflejo exterior que el infante recibe respecto de sus estados emocionales lo que permitiría a éste aprender de estos y regularlos (Gergely y Watson, 1996).

El objetivo del presente trabajo es revisar esta propuesta, la cual intenta explicar las principales características que asumen los encuentros tempranos entre el cuidador y el bebé, desde una perspectiva del análisis de contingencias del reforzamiento (Watson, 1994) y en un marco evolutivo. Esta propuesta se realiza desde un prisma empírico que permite una detallada descripción de los patrones conductuales de ambos miembros de la díada, incorporando los componentes no verbales y verbales en la relación intersubjetiva. La mirada experimental contribuye a la observación de las recurrencias del comportamiento interactivo temprano, explicando bajo qué condiciones es probable que ocurran determinadas respuestas de aprendizaje emocional. Este modelo aporta también en otorgar un valor predictivo a las conductas del infante, permitiendo conocer cuáles son los comportamientos más probables en determinados contextos interactivos. Poder conocer estos principios, permite identificar y reconocer cuáles son las causas específicas de ciertas conductas (“normales o desviadas”), con el fin de intervenir para producir cambios. Esta mirada desde el análisis de contingencias del reforzamiento y experimental sobre el fenómeno intersubjetivo, permitiría explicar, predecir y controlar los fenómenos que están a la base del desarrollo emocional e interpersonal del infante. Todo lo anterior bajo el contexto de destacar la relevancia de las figuras cuidadoras en el desarrollo temprano de la regulación emocional, la seguridad en el apego y el pensamiento de tipo representacional.

En una primera parte de este trabajo, se describirá cómo se va desarrollando el entendimiento emocional desde las etapas tempranas, para luego ver cómo este proceso desemboca en las capacidades de agenciamiento en el infante. Posteriormente se analizará la relación existente entre el desarrollo emocional y las capacidades de mentalización y regulación de los afectos. Luego se describirán las capacidades que subyacen al reflejo parental de los afectos, esto es la detección y maximización de contingencias. Finalmente, se realizan reflexiones respecto de las implicancias que tiene este modelo para la psicopatología evolutiva.

Un modelo de aprendizaje social que explica las conductas emocionales tempranas: ideas básicas para su comprensión

El desarrollo emocional y la estructuración del sí mismo constituyen procesos que se van conformando desde edades muy tempranas en el desarrollo humano. Los infantes mediante conductas instintivas se van relacionado con sus cuidadores, a modo de recepcionar cuidados físicos y afectivos. Esto ocurre en un contexto de apego, el cual permite la protección y la sobrevivencia. Las conductas innatas van dando paso a la comunicación social con los otros, en un principio con las figuras cuidadoras en vínculos exclusivos, para luego abrirse a interacciones sociales más amplias, las cuales posibilitan un conocimiento aún mayor del mundo.

El modelo del biofeedback social del reflejo parental de los afectos está basado en la teoría cognitiva del desarrollo, enmarcada en lo que se ha denominado "pedagogía natural" (Gergely, 2002). En ésta se sostiene que la capacidad para enseñar y para aprender de esa enseñanza es una habilidad innata la cual permite la adaptación de los seres humanos a su ambiente social. Muchas de las destrezas sociales y comunicativas que se desarrollan tempranamente tales como la capacidad de tomar turnos, la atención conjunta, señalamientos protodeclarativos y la referencia social pueden ser citados como ejemplos de una comunicación de tipo pedagógica, la que tiene como función primordial facilitar una transferencia rápida y eficiente de un conocimiento del mundo (Fonagy et al., 2007). En otras

palabras, la pedagogía natural corresponde a la transmisión cultural del conocimiento, que permite a los niños adquirir habilidades sociales y potenciar su desarrollo cognitivo. Ejemplo clásico de esto son los juegos de imitación que realiza la madre con el infante en donde ella le va mostrando estados emocionales, muecas y señales sociales que el niño va interiorizando.

Estas capacidades no las trae el infante desde su nacimiento, y los autores que proponen esta teoría, van evidenciando la forma y los tiempos en que estas destrezas se van adquiriendo, enfatizando de manera particular cómo es que ocurre el desarrollo emocional.

El desarrollo del sí mismo: una construcción social

Los autores del modelo del biofeedback social le asignan un rol importante a los afectos en el desarrollo del self, asumiendo como premisa básica que las emociones son un tipo de estado mental intencional primario en progresiva evolución. El desarrollo del self sería una consecuencia de la calidad de las primeras interacciones afectivas entre el bebé y su cuidador primario.

La idea central que se propone en torno al desarrollo emocional, se relaciona con asumir que en los primeros meses de vida los infantes no tienen la capacidad de tomar conciencia de los diferentes tipos de emociones, siendo las interacciones reflejas parentales las que le permiten desarrollar la sensibilidad hacia los distintos estados afectivos internos¹. Desde una postura intersubjetiva, se acepta la idea que los cambios emocionales del bebé están estrechamente relacionados con las interacciones reguladoras que se producen con el cuidador.

Mediante este modelo se intenta describir cuales serían los procesos que utilizan los infantes para llegar a conocer el contenido disposicional de los afectos, es decir, cuál es el significado emocional que le asignan a los diversos correlatos externos y biológicos de las conductas. Los niños deben aprender a reconocer cómo es que un estado emocional gatillado por algún evento particular, está asociado a ciertas conductas tanto en él mismo como en su cuidador.

Los infantes reaccionan emocionalmente de manera instintiva a ciertos eventos, ya sea por protección, para manifestar una necesidad o para incitar la cercanía de su cuidador. Gergely y Watson (1996) plantean que estas emociones se diferencian de otros estados mentales intencionales (pensamientos, deseos, entre otros) porque están asociadas, la mayor parte del tiempo, a correlatos faciales. El hecho que se observen concomitantes fisiológicos es otra cualidad de los afectos que permite la percepción de éstos, en tanto se observan cambios en el arousal interno de los bebés en la medida que los estados emocionales van variando. Además es posible afirmar que existen un set de emociones que son innatas y universales (Ekman, 1992, en Gergely, 2001). Por ejemplo, se ha visto que hay expresiones emocionales que se cruzan culturalmente, tales como el miedo, la tristeza, el disgusto, la sorpresa, el goce y la ira. También se ha observado que existe el mismo uso de musculatura facial para la expresión de una misma emoción entre las culturas y desde la infancia a la adultez. De esta manera, se propone que los afectos son los estados mentales que primero logran ser atribuidos a los otros (Ekman y Oster, 1979, en Gergely et al, 1996).

Estas emociones básicas y universales no son percibidas como tales en un principio por el infante, ya que el significado de éstas y el contexto en que pueden ser utilizadas, son

¹ No obstante, si se reconoce la existencia de capacidades innatas de aprendizaje, así como una tendencia al acercamiento al mundo físico y social.

develadas en el contexto interactivo con el cuidador. Para que estas emociones básicas se vayan convirtiendo en categorías afectivas más complejas, esto es, combinaciones de emociones asociadas a estados intencionales, se requiere del apoyo de la figura parental, ya que las conductas emocionales de éste, como respuesta a los estados afectivos del bebé, se constituyen en un reflejo de los estados emocionales internos del infante.

Cuando un bebé recibe constantemente y de una manera consistente una respuesta que refleja sus propios estados afectivos, éste va comprendiendo que sus conductas tienen un sentido para otro (el cuidador). Este sentido e interpretación de los comportamientos, va siendo incorporado por el bebé, el cual va interpretando como propias cada una de estas lecturas, todo esto en base a complejos sistemas perceptivos. Lo anterior, desemboca en una progresiva emergencia de las capacidades mentalizadoras y de la conciencia del sí mismo, las que se explicitan con mayor fuerza en el último cuarto del primer año de vida (Gergely y Watson, 1996). Ejemplo de estas adquisiciones, relativas al razonamiento sobre los estados emocionales, es lo que se ha llamado la "referencia social", la que se caracteriza por ser una forma temprana de autorregulación instrumental, en la que los bebés se ven sometidos a una situación en la que deben decidir (por ejemplo, en una situación experimental, atravesar o no un precipicio falso), para lo cual tienden a buscar en la cara del cuidador una referencia gestual respecto de lo que deben hacer.

Este progreso se ve posibilitado por un proceso de sensibilización emocional, esto es, un aprendizaje sobre las emociones, el que está mediado por un mecanismo innato de detección y maximización de contingencias (MDMC) por parte del infante, el cual le va otorgando un sentido de control sobre su ambiente, es decir, de desarrollo de su capacidad de agenciamiento. El MDMC fue estudiado para poder encontrar una fuente explicativa de como la exposición repetida del niño a los reflejos de los padres daba como resultado una noción primaria de control sobre el ambiente, mediante la realización de procesos de comparación y relación de contingencias entre las respuestas del bebe y los estímulos externos.

Desarrollo temprano del agenciamiento físico y social

Para que el bebé pueda comprender sus acciones e interpretar la de los otros debe ir adquiriendo una sensación de seguridad que le otorgue consistencia a sus percepciones. Esto sólo lo puede lograr en la medida que va sintiendo que sus conductas ejercen cierta influencia sobre los otros y que las respuestas de los otros repercuten de una manera predecible en él. Es de esta forma que va logrando control sobre su ambiente, en otras palabras, el sentido de agenciamiento (Lecannelier, 2009)

Para comprender el término agenciamiento se utilizará la conceptualización de Stern (1985, en Lecannelier, 2006), el cual lo define como "un sentido de control o autoría de las propias acciones, en relación al ambiente". Esto implica que el bebé puede realizar acciones que van más allá de la conducta refleja (es decir, son conductas voluntarias), además de ir retroalimentando su información propioceptiva para guiar sus planes de acción, adquiriendo un sentido de predictibilidad de las consecuencias que siguen a sus conductas.

Se postula que, en un primer momento, los bebés no tendrían control sobre sus estímulos internos, y la posibilidad de manejar sus conductas externas y las de los otros, se produce al tener un componente concreto accesible a sus sentidos. Al respecto, los autores de este modelo, manifiestan que no existe ninguna razón o evidencia para pensar que los niños tienen desde su nacimiento la posibilidad de acceder a los significados emocionales de sus conductas. No obstante, los infantes si estarían dotados de mecanismos perceptuales innatos,

que le permitirían una progresiva diferenciación del sí mismo físico, haciendo predecibles ciertas experiencias.

El proceso anteriormente descrito, está mediado por un mecanismo innato denominado módulo de detección de contingencias, el cual durante los dos a tres primeros meses de vida, expresaría una función genética, tendiente a la búsqueda de asociaciones, entre los estímulos y respuestas, que se van produciendo entre la conducta y ambiente que rodea al infante. Cuando el bebé experimenta de manera repetida como es que sus respuestas automáticas pueden inducir conductas regulatorias y afectivas en su contexto de apego, éste va aumentando su habilidad para anticipar y enfrentar una mayor variedad de situaciones, ya que va representando cuales son las consecuencias típicas de sus reacciones emocionales (Gergely, 2001).

Como resultado de la aplicación de este proceso atencional, se va desarrollando una representación corporal primaria, que se va conformando en la medida que el bebé va experimentado las consecuencias de la propia aplicación de un estímulo sobre algún agente ambiental, recibiendo como consecuencia una sensación de control físico sobre el ambiente. Esta situación corresponde a un primer mecanismo que se observa como precursor en el desarrollo del sí mismo, el cual está basado en representaciones primarias de sus estados emocionales, que surge como consecuencia de la sensación de control y de eficacia sobre las causas de otros comportamientos (Watson, 1994)

Para que la sensación de control que tiene el niño con el ambiente vaya creciendo y pueda ir logrando una adquisición de las capacidades mentalizadoras o de los contenidos disposicionales de las emociones, el bebé tiene que ir experimentado de manera frecuente y contingente las respuestas afectivas que genera en sus cuidadores. Además, debe lograr ir percibiendo la asociación que existe entre el correlato conductual de las figuras parentales y la expresión emocional que lo acompaña, desarrollando así representaciones primarias de las emociones. Es así como se va adquiriendo un aprendizaje emocional en base a la continuidad y consistencia de reflejos exteriores, sin todavía poder conocer lo que internamente indican los correlatos fisiológicos de los afectos. Se postula que este proceso maduracional, alrededor de los tres meses del bebé, evoluciona hacia una estructura más compleja (en cuanto a la calidad de las representaciones cognitivas), aunque menos perfecta (en cuanto a la cantidad de contingencias detectadas), lo que se ve posibilitado por las reacciones sociales de las personas que rodean al bebé (Watson, 1994). Este cambio maduracional se expresa en que el niño pasa desde una exploración personal de sus respuestas, hacia la exploración y representación de su mundo social, que presenta contingencias más imperfectas (cuidadores que no siempre responden de igual manera), pero que permiten a su vez representar categorías emocionales más complejas (representaciones secundarias de las emociones) que ayudan al niño a comprender las intenciones que subyacen a los comportamientos.

En la medida que las representaciones secundarias de las emociones se van estableciendo (en el contexto de las respuestas contingentes, consistentes y reiterativas del cuidador), se va produciendo a la vez un proceso de aprendizaje en el infante, en el que se organizan las expresiones afectivas. Estas representaciones de un orden superior, le van resultando accesibles cognitivamente al bebé, sirviéndole de información para poder predecir sus propias acciones y la de los otros. Así, la conducta refleja de los cuidadores, en tanto expresiones faciales y vocales que especularizan de una manera particular los afectos del bebé, dan paso a que el infante vaya comprendiendo sus propios estados emocionales y logre regularlos. En un comienzo (9-12 meses) esta función de espejo es interpretada por el niño con un sentido “teleológico” o causal, es decir, el infante progresivamente se va dando cuenta que sus acciones tienen una respuesta conductual en el cuidador. Esta comprensión de las acciones de los otros se realiza en base a reglas espaciales y conductuales, las que funcionan

bajo una lógica racional (Gergely, 1995). Para graficar esto, se puede recordar como los infantes muestran curiosidad cuando algunas leyes de la naturaleza son violadas, como un globo con helio que no se cae, un objeto que empuja a otro y este no se mueve, entre otros. Lo anterior sería la base de lo que los autores denominan “segundo orden de representación del afecto”, ya que esto da paso a que el infante comience a investigar los motivos e intenciones de la conducta del cuidador, pasando de una postura “teleológica” a una “intencional” (Gergely y Csibra, 2003).

Modelo del biofeedback social y el reflejo parental de los afectos: un camino hacia el conocimiento emocional y la autorregulación

Cuando un bebé recepciona de una manera repetitiva y consistente la respuesta refleja externa de su cuidador, respecto de sus propios estados afectivos, va aprendiendo progresivamente el significado que tienen sus estados internos, así como también las categorías emocionales que se van construyendo y que constituyen el correlato de estas sensaciones internas. Es así como el bebé en base a la continuidad de las interacciones con su figura parental, podrá ir tomando conciencia de las señales internas y así representarse sus estados afectivos.

Se plantea que este tipo de relación temprana puede compararse con un mecanismo denominado entrenamiento en biofeedback social, el cual se usa para ayudar a las personas a mantener ciertos niveles corporales en determinados rangos (por ejemplo, presión arterial). Las personas que lo utilizan comienzan a hacerse sensibles a ciertos estados internos (en base a un proceso de aprendizaje) llegando a controlarlos.

Los autores de esta teoría proponen la hipótesis que la respuesta especular que muestran los adultos del estado emocional del niño funcionaría en base al mismo proceso de biofeedback. Para que esta actividad pueda llevarse a cabo, se hace indispensable que los padres respondan de manera intuitiva y empática a las conductas emocionales de sus hijos, lo que constituye una señal que se manifiesta como un biofeedback exterior para el bebé. De esta forma, el cuidador en base a la capacidad de interpretar y leer las señales afectivas del bebé, responde con conductas gestuales, vocales y posturales que regulan las emociones del niño. De esta manera, el infante va experimentando que sus conductas tienen una consecuencia en los otros y también efectos en la regulación de su propio estado emocional, experimentándose en este proceso como un agente causal activo, favoreciendo un establecimiento de un sentido del sí mismo.

Aunque se ha utilizado el término reflejo parental para dar cuenta de este tipo de relación, se sostiene que el comportamiento del cuidador no es exactamente igual al comportamiento afectivo del infante. La especularización que realiza la figura parental nunca calza exactamente con los parámetros temporales, espaciales y sensoriales de la conducta emocional que presenta el niño. Por otro lado, las conductas de los cuidadores no acompañan de manera continuada a las expresiones emocionales del bebé, lo hacen más bien de forma cíclica, por determinados espacios de tiempo, mostrando en algunas ocasiones conductas empáticas y en otras no. Esto tiene como explicación causal el hecho que, en general, las manifestaciones de empatía suelen expresarse como actos comunicativos breves y focalizados hacia conductas particulares de los bebés.

Todos los procesos anteriores están mediados por un rasgo perceptual e instintivo característico de respuestas emocionales de los cuidadores, el que se ha denominado marcaje (Gergely, 2008). Cuando los padres reflejan al niño un acto emocional, al mismo tiempo que imitan la expresión afectiva del infante, también exhiben una singularidad en su conducta,

que lo diferencia del estado afectivo del infante. Generalmente esta "marca" de distinción aparece asociada a una entonación vocal que no equivale a la mostrada por el infante (usualmente una respuesta más exagerada). Por ejemplo, si un infante llora porque se le acerca un extraño, la madre puede verbalizar de manera exagerada el temor del niño y cobijarlo para que se sienta protegido.

Una vez que el infante va recepcionando las expresiones "marcadas" del adulto cuidador, las que constituyen un reflejo alterado de sus propias manifestaciones emocionales, logra ir regulando sus estados afectivos, ya que recibe por parte de la figura parental una característica de su estado emocional que no estaba presente en su condición original. En términos más específicos, el niño va aprendiendo a diferenciar cuando una respuesta emocional puede atribuírsela a sí mismo y cuando puede asignársela al adulto. Las respuestas marcadas constituyen contingencias más imperfectas para el niño, pero son de una categoría más elevada, en tanto posibilitan esta diferenciación perceptual. Este proceso se ve posibilitado porque la respuesta del cuidador debe estar lo suficientemente diferenciada de su propio estado emocional, que surge como reacción a la respuesta del lactante. Sin embargo, esta misma respuesta tiene a su vez que acercarse lo suficiente a la conducta del infante, para que éste pueda reconocer el contenido disposicional del afecto. El marcaje posibilita que el niño no atribuya al adulto la emoción percibida. A este proceso de inhibición en la atribución se le denomina desacoplamiento referencial (Gergely y Unoka, 2008). Luego, el bebé, en otra operación perceptual, debe interpretar que esa emoción le pertenece a sí mismo, para lo cual se plantea que utiliza el mecanismo de anclaje referencial (Gergely y Unoka, 2008).

Sin embargo, no todas las respuestas de los adultos constituyen conductas marcadas, pues también pueden reaccionar de manera más "realista" a las conductas del bebé, mostrando los propios estados emocionales, que surgen como consecuencia de las conductas afectivas del infante. En la medida que el bebé va experimentando de manera reiterada las respuestas marcadas y realistas de sus cuidadores, va organizando un "código comunicacional" que le sirve como base para futuras interpretaciones.

Desde una postura de aprendizaje social de las conductas, se propone que estas interacciones "marcadas" constituyen una forma de transmisión cultural del conocimiento, el cual sería un aprendizaje sobre la identificación, diferenciación y expresión de las diferentes emociones (Gergely, 2001)

Como se ha descrito, el reflejo que realizan los cuidadores se efectúa en un contexto interactivo de regulación mutua y, en éste, el infante despliega mecanismos perceptuales que posibilitan la interpretación de la conducta imitativa de la figura parental, que en este modelo se definen como un módulo de detección de contingencias (Watson, 1994). Este módulo no es más que el análisis que realiza el bebé de las relaciones que existen entre sus respuestas y el efecto de éstas en el ambiente y viceversa, esto es, cuáles son las consecuencias que tiene el ambiente sobre las respuestas del bebé.

Mecanismos en el bebé que acompañan al reflejo parental de los afectos: detección y maximización de contingencias.

Gergely y Watson (1996) concuerdan con la propuesta general de la perspectiva intersubjetiva que sostiene que la relación diádica entre el cuidador y bebé ocurre en un contexto interactivo de regulación mutua. Esto es, que no es sólo el cuidador quien responde a las claves afectivas del bebé, sino que éste también reacciona frente a las conductas parentales regulando su comportamiento. En general, se ha asumido que este tipo de reacciones por parte del infante son inherentes al contexto del apego. A partir de este

supuesto, estos autores intentan mostrar basados en su postura empírica, cómo es que ocurre este proceso de reacción y cuales son los mecanismos de aprendizaje que están a la base de esta experiencia interactiva.

En un principio de la vida, el cuidador es el principal responsable de regular los estados emocionales del bebé, lo cual ocurre en el contexto interactivo del apego. El adulto va logrando esto mediante la lectura que le va dando a las reacciones emocionales automáticas del bebé. Estas respuestas instintivas del niño se acompañan de mecanismos perceptuales que le permiten anticipar y enfrentar cuales serán las consecuencias que sus repuestas generarán sobre el ambiente. En la medida que el niño va utilizando estas habilidades y va aprendiendo sobre las consecuencias ambientales, va creando representaciones mentales que le permiten registrar y analizar cuáles son las relaciones causales que existen entre sus respuestas emocionales y las reacciones que éstas provocan en los otros. Un ejemplo muy nombrado en la literatura en donde se aprecia claramente como es que el niño va analizando las consecuencias de su conducta sobre el ambiente, y a la vez sintiendo placer por el logro de control sobre éste, es el realizado por John Watson (Lecannelier, 2009), en donde a un bebé de dos meses le es amarrado a su pierna un cordel que está atado al otro extremo a un móvil. En este experimento se observó que los niños sonreían más cuando el movimiento de su pierna estaba acompañado de un movimiento en el móvil, mientras que cuando ellos movían su pierna y el juguete no se movía estos no sonreían.

La detección de contingencias constituye un mecanismo innato, que es esencialmente de análisis perceptual, respecto de los diferentes tipos de relación que se pueden producir entre los eventos que va experimentando el bebé en la relaciones vinculares repetidas y consistentes con su cuidador. Este proceso está mediado por dos mecanismos cognitivo-perceptuales independientes, que se han llamado el "índice de suficiencia" e "índice de necesidad" (Gergely y Watson, 1996).

El índice de suficiencia implica que el infante pueda realizar una mirada proyectándose hacia el futuro, a modo de predecir la probabilidad condicional de ocurrencia de un estímulo que está por venir, todo esto en base a una respuesta que ya ha emitido. En el caso del ejemplo del móvil, que el niño recuerde que cuando movió su pierna el móvil también se movió. El índice de necesidad muestra el análisis que puede hacer el bebé cuando revisa hacia atrás en el tiempo, e infiere que frente a un estímulo determinado ha existido una respuesta que le ha precedido. Por ejemplo, un niño que aprende que sus padres cada vez que él hace una pataleta le compran lo que él desea.

De esta manera, para que el niño pueda comprender cuando su conducta tiene algún efecto, resulta necesario que considere estos dos índices en el análisis de las conductas. El bebé debe aprender cual es el grado de control que tiene sobre las consecuencias conductuales de los otros y también debe conocer de qué manera la conducta de los otros depende de sus propias respuestas.(Gergely, 2001). Es esta capacidad de análisis la que distingue a los seres humanos de otras especies vivas, ya que como se mencionó en un principio, los cuidadores no siempre responden contingentemente al niño (lo que puede estar dado por factores contextuales, por la historia del cuidador, sus características personales, entre otras razones). De esta forma, el bebé debe aprender bajo qué circunstancias específicas actúa su cuidador, así como también cuales son las formas particulares que asumen su respuestas.

El conocimiento de todos estos principios de aprendizaje que subyacen al desarrollo emocional del infante, nos permiten comprender además cual podría ser el origen de las conductas normales y desviadas en el desarrollo psicológico del niño, lo que trae consigo la

posibilidad de realizar intervenciones con fines terapéuticos para ayudar a cambiar conductas consideradas problemáticas.

Los efectos patológicos en el desarrollo del reflejo parental de los afectos: "trayectorias desviadas"

Resulta conveniente antes de describir los efectos patológicos, referirse al concepto de "trayectorias desviadas" y la noción de psicopatología que implica. Este término surge desde la psicopatología del desarrollo, en donde se considera que lo patológico es un proceso dinámico y procesal, asumiéndose la existencia de distintos "caminos del desarrollo" recorridos por las personas, donde existe un juego transaccional constante entre genes y ambiente, factores protectores y de riesgo, adaptaciones y circunstancias previas, entre otras (Sameroff y Fiese, 2000 en Lecannelier, 2004). De esta manera, una trayectoria desviada se caracteriza por presentar situaciones conflictivas y alteradas en este interjuego recién descrito.

Conocido lo anterior, se puede sostener que lo que se ha descrito acerca de cómo la conformación del sentido del sí mismo y la función de agenciamiento, da cuenta de trayectorias normales en el desarrollo. En algunas ocasiones, puede ocurrir que las maneras de responder de los cuidadores principales puedan generar trayectorias alteradas en el desarrollo del infante. No siempre los reflejos de los padres se corresponden de una manera "marcada" a las expresiones emocionales de los infantes, ya que pueden ocurrir dificultades en esta forma instintiva de responder, maneras que pueden ocasionar diferentes trayectorias desviadas en el desarrollo.

Una de las alteraciones en el reflejo parental es la "falta selectiva de marcación por parte del cuidador" (Gergely y Watson, 1996). En ésta los padres reaccionan a la expresión de afecto negativo del bebé con una respuesta afectiva que es congruente categorialmente con la emoción presentada por el niño, sin embargo, ésta no es expresada en forma marcada, sino que el adulto muestra directamente el afecto negativo que genera en él la respuesta del infante (respuesta realista). Por ejemplo, una madre que se enoja al interpretar el llanto del bebé como una intención de molestarla. Las consecuencias de esta forma de reflejar se expresa en que el adulto no logra desacoplar el afecto generado como respuesta a las emociones expresadas por el infante, por lo que el cuidador refiere la emoción a sí mismo. Lo anterior conlleva a que el niño no despliegue la función de anclaje, por lo que no logra atribuirse la emoción expresada por el adulto a sí mismo. Esto da lugar a que el bebé no pueda desarrollar una representación secundaria de la emoción que se gatilló en un primer momento, por lo que no tendrían la posibilidad de autoperibirse en relación a ese tipo de respuesta, ni tampoco lograría regular la emoción que ha expresado. De esta manera, interpretaría su propio afecto afectivo como perteneciente al adulto, no logrando el autocontrol de esta categoría emocional. Por el contrario, puede desarrollar una importante desregulación afectiva, ya que no encuentra contención en su cuidador. Se postula que esta forma de responder por parte de la figura parental es la que se aprecia de manera característica (como forma de experiencia emocional) en vínculos primarios donde se desarrolla la personalidad de tipo borderline (Fonagy y Bateman, 2006).

Una segunda forma de reflejo parental distorsionado se caracteriza por la "falta de congruencia categorial" con los afectos mostrados por el infante (Gergely y Watson, 1996). En estas situaciones sí ocurre el marcaje por parte de la figura parental, pero la emoción reflejada es diferente a la que ha sido expresada por el bebé. A la base de las respuestas expresadas por el cuidador, se observan una actitud de sobrecontrol en relación al infante o también puede ocurrir que la figura parental desarrolle una percepción distorsionada y

defensiva en relación al niño. El proceso perceptivo que se observa en esos casos, es el de desacoplamiento del estado afectivo por parte del infante (la emoción no es atribuida al adulto), ya que el adulto si desarrolla un marcaje de su emoción. Sin embargo, al ser este reflejo de una categoría afectiva distinta a la expresada por el bebé, éste ancla a sí mismo una emoción que no se corresponde a lo que realmente él expresó de manera primaria, sintiendo como propio algo que le pertenece al adulto. Lo anterior genera una distorsión en la representación emocional secundaria desarrollada por el bebe atribuyéndose a sí mismo una información disposicional que no corresponde a lo percibido primariamente, lo que finalmente puede redundar en una percepción distorsionada de su sí mismo. Un ejemplo de esto sería que la madre al ver a su hijo llorando, se ría de él porque piensa que le ha ocurrido algo gracioso. También este tipo de proceso interactivo, se ha apreciado como forma dominante de experiencia emocional en casos de patología de tipo sexual, donde lo que se puede producir es que la madre interprete la excitación sexual del bebé como una agresión a sí misma, lo que obedece a una reacción de sus propios conflictos, por lo que proyecta su agresividad en el bebé.

Trayectoria psicopatológica del apego desorganizado.

Particularmente interesante resulta el acercamiento que realizan los autores del modelo revisado para dar una explicación etiológica del apego desorganizado, sobre la base del modelo de detección de contingencias. Se sostiene que este tipo de apego surge en vínculos de maltrato o en aquellos en el cual el cuidador ha tenido una pérdida irresuelta (por ejemplo, experiencias propias de malos tratos), donde ambas experiencias representan "contextos de contingencia desviados". En este tipo de ambientes, los niños experimentarían periodos de control de los episodios contingentes, pero también otros momentos en donde perderían total y abruptamente el control sobre las contingencias. Esta situación obedece a las características que asumen las respuestas del cuidador frente a los requerimientos afectivos del bebé, ya que pueden responder con acciones abusivas en el caso del maltrato o ser muy intrusivos cuando presentan un temor excesivo a la pérdida. En estos casos, las figuras parentales movilizadas por sus propios conflictos, se disocian en las respuestas dadas al infante y pueden mostrarse no responsivos o no contingentes frente a las solicitudes del bebé.

Las conductas características que muestran los niños con apego desorganizado, se explican en base a este modelo, ya que los comportamientos desorientados, disociados y desorganizados, resultan coherentes a este modo desviado de responder de la figura parental. Se postula que el proceso maduracional que ocurre alrededor de los tres meses del bebé, de pasar de representaciones primarias de las emociones a representaciones de segundo orden, se ve alterado al no haber una figura disponible que responda de manera consistente durante este periodo. Lo que le queda al niño para hacerse de un mundo más predecible y controlable, es fijarse en un periodo en donde las contingencias son más perfectas, respondiendo en base a reacciones innatas pero sin significado emocional, no accediendo a contingencias más complejas, ya que al pasar por este proceso se ve expuesto a respuestas patológicas por parte de su cuidador. Esto es mencionado por los autores como un "reseteo" de la función de atención de las contingencias, ya que en el momento en que se debería avanzar hacia representaciones más complejas de las emociones, se vuelve hacia atrás, a los procesos más básicos e instintivos, en desmedro de la focalización hacia el mundo social (Koós y Gergely, 2001)

Comentarios finales

En el transcurso de este trabajo se ha mostrado como es que de manera “normal” o “desviada”, los cuidadores reflejan desde muy tempranamente los estados afectivos en sus bebés aportando así en el desarrollo de su self. Los autores del modelo revisado sostienen que no existe ninguna razón para afirmar que este proceso de especularización termine su desarrollo en etapas iniciales, por el contrario, sería una conducta que instintivamente se va utilizando en toda la vida en los procesos interactivos comunicacionales. De esta manera, conocer la forma de como interactuamos desde etapas tempranas con nuestras figuras vinculares, se convierte en una importante herramienta de cambio para todas aquellas personas que intervienen en los procesos interactivos y comunicacionales entre seres humanos.

Una de las cualidades que se pueden destacar del modelo presentado en este trabajo, dice relación con el planteamiento de una propuesta coherente sobre el desarrollo humano temprano en la que se enlaza la teoría cognitiva del aprendizaje con la perspectiva intersubjetiva. El objetivo principal de los autores es conceptualizar y describir un tipo de interacción temprana, que muestra como la relación del niño con su cuidador tiene un impacto directo en el desarrollo del self, relacionado los procesos de regulación afectiva y desarrollo del sí-mismo para dar una explicación a este fenómeno. Resulta posible interpretar que la conducta de reflejar marcadamente las expresiones emocionales del bebé, constituye una función instintiva de la figura parental que permite generar la mentalización en el infante. La capacidad de mentalizar sería la función mediadora entre la regulación emocional (que surge como resultado de un adecuado reflejo) y el desarrollo del sí mismo. En términos más simples, el cuidador a través del reflejo, enseña a comprender la mente de los otros. De esta manera, se podría concluir que el reflejar sería un componente conductual y perceptivo del contexto de las relaciones tempranas de apego.

Existen nuevos aportes desde otras líneas de estudio que amplían la mirada en torno a la capacidad de reflejar y ser reflejado en las interacciones humanas. Uno de los desarrollos actuales, implica la inclusión de la neurociencias, específicamente el estudio que se ha realizado en torno a las neuronas espejo. Éstas constituyen un sistema neuronal, que mediante la imitación reflejan en el cerebro las acciones del otro, y se activa cuando la persona realiza una acción que tiene una meta determinada, y cuando, a la vez, observa la misma acción realizada por otras personas. Este mecanismo estaría a la base de las representaciones secundarias de las emociones, descritas en esta revisión, ya que funciona apoyando la comprensión de las acciones, la categorización de las mismas y el aprendizaje por imitación.

Como ya se adelantó, conocer como funciona este mecanismo de especularización a edades tempranas resulta también de un importante aporte en el desarrollo de la psicoterapia infantil y con adultos. Cuando un terapeuta refleja los estados emocionales de los pacientes (mediante la utilización de diferentes herramientas dependiendo del caso), posibilita que éste haga suyo las expresiones que no logra significar de manera autónoma, contribuyendo al cambio y por lo tanto al desarrollo del self. Lo anterior resulta de utilidad ya el paciente necesita saber que el terapeuta comparte sus estados emocionales, pero también que éste le puede mostrar otra forma diferente de representarlos. De esta manera, se podría hablar de una intervención reguladora e intersubjetiva por parte del terapeuta, la cual es crucial para que el cambio terapéutico se lleve a cabo. Al respecto Fonagy (1999 en Bernardi y Goldstein, 2007) sostiene que el paciente puede lograr sentir su emoción de una manera distinta si el terapeuta reproduce en su cara el afecto expresado por él, introduciendo un matiz diferente con su expresión facial o tono de voz (marcaje), así él que necesita ayuda puede sentir que ocupa el lugar en la mente del otro, simbolizado en este caso por el terapeuta. Dada la importancia de

estas consideraciones, el desarrollo de las consecuencias para la práctica clínica de los aspectos teóricos que aquí se han expuesto, será abordado en un próximo trabajo.

Referencias bibliográficas

- Bateman, A. y Fonagy P. (2004) *Psychotherapy for borderline personality disorder. mentalization – based treatment*. Oxford: University Press.
- Bernardi R. y Goldstein S. (2007) La relación terapéutica vista desde el campo de la psicoterapia y desde las neurociencias. *VII Congreso latinoamericano de psicoterapia y I Congreso uruguayo de psicoterapia*. Extraído el 04 de abril del 2010 desde http://adisamef.com/fondo%20documental/psicoterapia/la_relacion_terapeutica_vista_desde_el_campo_de_la_psicoterapia_y_de_las_neurociencias.pdf
- Fonagy, P., y Target, M. (1997) Attachment and reflective function: their role in self organization. *Development and Psychopathology* 9, 679 - 700.
- Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. y Target, M. (2002) *Affect regulation, mentalization, and the development of the self*. New York: Other Press.
- Fonagy, P. y Bateman, A. (2006) Mechanisms of change in mentalization – based treatment of BPD. *Journal of Clinical Psychology* 62 (4), 411 – 430.
- Fonagy, P. y Bateman, A. (2007) *Psychotherapy for Borderline Disorder: Mentalization based therapy and Cognitive Analytic Therapy compared*. *International Review of Psychiatry*,19,51-62.
- Fonagy, P., Gergely, G., Jurist, E. y Target, M. (2007). The parent – infant dyad and the construction of the subjective self. *Journal of Child Psychology and Psychiatry* 4, 288 - 328.
- Gergely, G. y Watson, J. (1996) The social biofeedback model of parental affect - mirroring. *International Journal of Psycho - Analysis* 77, 1181-1212.
- Gergely, G. y Watson, J. (1999) Early social - emotional developmet: contingency perception and the social biofeedback model. En: Rochat, P. (Ed.) *Early social cognition: understanding others in the first months of life* (pp. 101 - 137). Hillsdale NJ: Erlbaum.
- Gergely, G. (2001) The obscure object of desire: “nearly, but clearly not, like me”: contingency preference in normal children versus children with autism. *Bulletin of Menninger Clinic* 65 (3), 411 – 426.
- Gergely, G. (2002) The development of understanding of self agency. En: Goshwami, U. (Ed.) *Handbook of childhood cognitive development* (pp. 26 - 46). Oxford: Blackwell.
- Gergely, G., y Csibra, G. (2003). Teleological reasoning in infancy: the naive theory of rational action. *Trends in Cognitive Sciences* 7, 287- 292.
- Gergely, G. (2004) The role of contingency detection in early affect - regulative interactions and in the development of different types of infant attachment. *Social Behaviour* 13, 468 - 478.
- Gergely, G. y Csibra, G. (2005) The social construction mechanism of human pedagogy. *Interaction Studies* 6, 463 - 481.
- Gergely, G. y Unoka, Z. (2008) The development of the unreflective self. En: Busch F. (Ed.) *Mentalization theoretical considerations, research findings, and clinical implications* (pp. 57 - 102). New York: The analytic press.
- Koós, O. y Gergely (2001) The "flickering switch" hypothesis: a contingency - based approach to the etiology of disorganized attachment in infancy. En: Allen, J., Fonagy, P. y Gergely, G. (Eds.) *Contingency perception and attachment in infancy, special issue of the Bulletin of the Menninger Clinic* (pp. 397 - 410). New York: Guilford.
- Lecannelier, F. (2004). Los Aportes a la Teoría de la Menta en la Psicopatología del desarrollo. *Terapia Psicológica* 1, 61-67.
- Lecannelier, F. (2006) *Apego e Intersubjetividad. Influencia de los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental*. Santiago de Chile: Ediciones LOM

- Lecannelier, F. (2009). *Apego e Intersubjetividad. Influencia de los vínculos tempranos en el desarrollo humano y la salud mental. Segunda parte: la teoría del apego*. Santiago de Chile: Ediciones LOM .
- Stern, D. (1985) *The Interpersonal world of the infant. A view from psychoanalysis and development psychology*. New York: *Basic Books*
- Watson, J. (1972) Smiling, cooing and "the game". *Merrill-Palmer Quarterly* 18, 323 - 339.
- Watson, J. (1994) Detection of self: the perfect algorithm. En: Parker, S., Mitchell, R. y Boccia, M. (Eds.) *Self – awareness in animals and humans*. Cambridge: University Press.
- Watson, J. (2001) Contingency perception and misperception in infancy: some potential implications for attachment. *Bulletin of the Menninger Clinic* 65, 296-320.